

EL CARIBE DE GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ**

Eduardo Márceles Daconte*

Gabo solía decir que “el Caribe es una región en la que se da una perfecta simbiosis entre el ser humano, el medio natural y la vida cotidiana” y afirmaba “me siento extranjero en todas partes, menos en el Caribe”. En esta región, no solo de Colombia, sino del Gran Caribe, el escritor se sentía a gusto porque coincidía con su temperamento, su personalidad, su modo de ver la vida, además por la informalidad de sus gentes, el sentido del humor siempre a flor de piel (más conocido como *mamagallismo*), la actitud descomplicada y cálida de los caribeños. Desde sus primeros cuentos hasta su última novela, con escasas excepciones, el espacio geográfico de sus protagonistas se sitúa en esta amplia región de América Latina, crisol de razas y culturas, a donde el escritor llegaba siempre a abreviar en sus fuentes, su tradición oral de mitos y leyendas, así como la poesía popular de sus boleros y la música vallenata. No es extraño entonces que desde *La hojarasca* (1955), su primera novela, estén ya los primeros esbozos de Macondo, el pueblo imaginario que recuerda a su natal Aracataca, durante la fiebre del banano y su posterior decadencia. Se anticipan en ella personajes como el coronel Aureliano Buendía y un microcosmos de elementos circunstanciales que se integrarían a *Cien años de soledad*, su novela más famosa.

El coronel no tiene quien le escriba (1961), novela escrita en París bajo condiciones de extrema penuria, tiene como escenario a Sucre, un pueblo de La Mojana, conocida como *el país de las aguas* por sus numerosos caños y ciénagas, donde vivió en diferentes épocas de juventud con su familia. Es una tierra pródiga en leyendas exóticas y personajes curiosos que Gabo asimilaría a algunos de sus cuentos, crónicas y novelas. El protagonista de esta historia, sin embargo, es su abuelo materno Nicolás Ricardo Márquez a quien recordaría esperando inútilmente toda la vida su pensión de coronel retirado.

También aquí ubica su novela *La mala hora* (1962, su título original era *Este pueblo de mierda*) que retrata la tensión e incertidumbre de un pueblo, Sucre, sometido a pasquines anónimos que, con calumnias e infundios, pretenden revelar las intimidades escabrosas de sus habitantes. Gabo había dicho por aquella época que “la literatura colombiana es un inventario de muertos”, refiriéndose a la cantidad de obras sobre la violencia que había generado la sangrienta disputa por el botín político entre liberales y

conservadores, pero limitándose a hacer un recuento de sus atrocidades sin una mínima dosis de poesía. Entonces se propuso escribir una novela que, sin aludir de manera directa a la violencia partidista, enfocara este fenómeno social desde un punto de vista aleatorio, la metáfora de un pueblo destinado a sufrir las consecuencias de la violencia sin ensangrentar sus páginas con un reguero de víctimas.

En una maravillosa fusión de literatura y periodismo Gabo aborda otra novela que también se desarrolla en Sucre. *Crónica de una muerte anunciada* está basada en un hecho real que tuvo lugar cuando Cayetano Gentile, nombre real de su personaje Santiago Nasar, es acusado de haber deshonrado a una joven maestra de Chaparral (caserío cercano a Sucre). Para vengar el honor mancillado, sus hermanos asesinan a Gentile a cuchilladas. Aquí también Gabo contextualiza la novela dentro de la violencia generalizada que sufría el país por la época del crimen.

Sucre, el paraíso de la vida fácil y las muchachas bellas, había sucumbido al embate sísmico de la violencia política. La muerte de Cayetano no era más que un síntoma. (Vivir para contarla, p. 416)

Con esta novela se cierra el ciclo narrativo de Sucre, y retomamos el Caribe de Gabo en Aracataca con *Cien años de soledad* (1967). La novela ha sido llamada por algunos críticos como *La novela de América*, o del mundo, ya que muchas sociedades con culturas diferentes se identifican con la historia de Macondo. En esta novela aflora de manera contundente la vena poética de Gabo a través del *realismo mágico* que es la descripción de sucesos fantásticos como si fueran de ocurrencia normal o cotidiana o, como la definió Gabo alguna vez, contarlos con “cara de palo”, es decir, sin inmutarse.

García Márquez ha contado en diversas ocasiones que él venía trabajando en esta novela desde su juventud con el título de *La Casa*, un mamotreto interminable y claustrofóbico que no alcanzaba a cuajar, hasta que su mamá lo invitó a acompañarla a vender la casa de Aracataca en 1950. Allí se encontró con un pueblo caluroso y polvoriento sumido en la miseria y la desesperanza que lo obligó a reconsiderar el camino que llevaba hasta ese momento para transformarla en una metáfora que narra la epopeya de Macondo desde su fundación hasta su desintegración con la muerte del último miembro de la familia Buendía.

Para llegar aquí tuvieron que pasar 15 años durante los cuales estuvo repasando sus detalles hasta dar con la solución formal durante un viaje entre la ciudad de México y Cuernavaca. Gabo nunca ha negado el influjo de su abuelo, el coronel Nicolás Ricardo Márquez, quien lo llevó a conocer el hielo, ni de su abuela Tranquilina Iguarán Cotes quien solía entretener sus tardes con cuentos de fantasmas y apariciones, así como el libro descuadernado que encontró en un viejo baúl de su casa de Aracataca: *Las mil y una noche*.

El Caribe también está presente en el dictador de *El otoño del patriarca* (1975), novela que toma como punto de partida la historia de Juan Vicente Gómez quien instauró un gobierno autoritario en Venezuela durante casi 30 años. Más que en ninguna otra obra de Gabo, el recurso de la hipérbole enfatiza el exagerado y brutal régimen de los dictadores que han asolado a América Latina con sangrientas represiones. Gabo la definió como “un poema sobre la soledad del poder”, y con ella quiso romper los esquemas heredados de *Cien años de soledad* para experimentar con una sintaxis novedosa de largos párrafos sin signos de puntuación, alteró los tiempos y evocó las más insólitas imágenes para describir la crueldad de esos déspotas que por largos años dominaron la vida y fortuna de los ciudadanos.

En la extensa obra narrativa de Gabo encontramos también un ciclo que pertenece exclusivamente a Cartagena de Indias, ciudad caribeña por antonomasia, y a él pertenecen *El amor en los tiempos del cólera* (1985) que resume los amores contrariados de Florentino Ariza y Fermina Daza, personajes que recuerdan el amor prohibido que experimentaron sus padres, y la novela *Del amor y otros demonios* (1994) que narra la historia de Sierva María de Todos los Ángeles durante la época colonial, de quien se pensaba que estaba poseída por el demonio pero en realidad había sido mordida por un perro rabioso y recluida en un convento para curarla con exorcismos. Sin embargo, en el proceso germina un amor frustrado por la intolerancia de la iglesia católica y el Santo Oficio que termina con la muerte. En ambas novelas resucitan las callejuelas adoquinadas, se respira el aire caliente y se escucha el oleaje del mar cartagenero.

Para concluir esta introducción, recordemos que su inolvidable crónica narrativa *Relato de un naufrago* (1955) cuenta las peripecias del marinero Luis Alejandro Velazco que cayó al mar Caribe y estuvo 10 días a la deriva sin comer ni beber. La novela histórica *El general en su laberinto* (1989) se desarrolla sobre las aguas y puertos del río Magdalena

y termina con el fallecimiento de Simón Bolívar en la hacienda San Pedro Alejandrino de Santa Marta, ciudad caribeña por excelencia; en tanto que *La increíble y triste historia de la Cándida Eréndira y su abuela desalmada* (1978) tiene lugar en la península caribeña de La Guajira, y *Memoria de mis putas tristes* (2004) transcurre en el puerto de Barranquilla.

A finales de agosto de 1910 arribó la familia Márquez Iguarán a Aracataca tras un largo éxodo de 22 meses desde Barrancas (Guajira) y un peregrinaje a través de Riohacha, Santa Marta y Ciénaga. Allí compraron una amplia casa cerca de la plaza central de este pueblo remoto que estaba recibiendo numerosos inmigrantes de España, Italia, Siria, Palestina y Líbano.

A partir de la segunda década del siglo se consolidó allí una bonanza bananera que trajo consigo la luz eléctrica, su primera orquesta, el Camellón 20 de Julio, la construcción de la iglesia y la lotería, un juego semanal que prosperaba a la sombra de sus actividades económicas y sociales.

Un día de julio de 1924, época de la bonanza bananera, llegó a la casa de la familia Márquez Iguarán el joven Gabriel Eligio García Martínez, nacido el 1º de diciembre de 1901 en Sincé, Sucre, quien se posesionaría como el telegrafista de Aracataca. El coronel Nicolás R. Márquez le dio la bienvenida y lo invitó a Santa Marta donde veraneaba su familia. Aquí conoció a Luisa Santiago Márquez Iguarán y al resto de la familia.

Más tarde, después de numerosos incidentes, empezó un noviazgo contrariado por los padres de Luisa Santiago que se oponían rotundamente a tal relación. Para alejarla de su pretendiente, los padres de Luisa la enviaron a Riohacha y después a Santa Marta donde volvió a encontrarse con Gabriel Eligio después de haber mantenido una permanente comunicación con la complicidad de los telegrafistas de la región. Resignados por el amor que se tenían, los padres de Luisa aceptaron por fin a que se casaran en la catedral de Santa Marta el 11 de junio de 1926.

Gabriel Eligio García Martínez, telegrafista de profesión, homeópata por vocación, a veces poeta y violinista ocasional, juró no volver más a Aracataca, ese “moridero de pobres”, como solía llamarlo. Entonces pidió traslado a Riohacha, pero los padres de su esposa insistieron en que volvieran a Aracataca hasta que regresaron en febrero de 1927. El domingo

6 de marzo de 1927 a las 8:30 de la mañana nació su primogénito Gabriel José de la Concordia.

Gabo se quedaría con sus abuelos y sería más hijo de su abuelo que de su padre y más de su abuela y sus tías que su mamá. En enero de 1929 su padre decidió buscar mejores horizontes para su negocio de homeópata y se radicó con su mujer y su segundo hijo Luis Enrique en Barranquilla.

El futuro escritor creció entonces escuchando las historias de guerra de su abuelo al tiempo que cursaba el preescolar y el primero de primaria con su maestra Rosa Elena Fergusson en la escolita Montessori. En 1936 ingresó en la escuela pública donde estudió segundo año de primaria. Además de las historias de su abuelo y las películas que veía en el cine del inmigrante italiano don Antonio Daconte, el niño se entretenía con una edición descuadrada de *Las mil y una noches* que había encontrado en un viejo baúl.

En ese mismo año de 1936, Gabriel Eligio decidió mudarse una vez más a Sincé, su pueblo natal, en busca de mejores perspectivas económicas. Con el pretexto de que conocieran a su abuela paterna, Argemira García Paternina, se llevó a sus hijos mayores Gabriel José y Luis Enrique y ese fue el principio del fin de la permanencia de Gabo en Aracataca ya que en entre finales de 1937 e inicios de 1938, después de un breve regreso a la tierra natal de Gabito, su padre –un nómada impenitente– tomó la decisión de volver a Barranquilla llevándose, ahora sí de manera definitiva, a Gabo quien nunca más olvidaría las historias y los fantasmas de su legendaria Aracataca. Su abuelo el coronel Nicolás Ricardo Márquez murió el 4 de marzo de 1937 de neumonía a los 73 años de edad.

La primera vez que Gabito visitó a Barranquilla fue el 9 de noviembre de 1929 cuando nació su hermana Margot. A pesar de contar sólo con dos años y ocho meses recordaría la impresión que le causaron los semáforos con sus cambiantes luces de colores. Sus recuerdos son más nítidos aún a raíz de su segunda visita a la ciudad, el 17 de diciembre de 1930, cuando su abuela Tranquilina Iguarán Cotes lo llevó a conocer a Aída Rosa (quien sería monja), su hermanita recién nacida.

En aquella oportunidad la ciudad estaba de festejo pues se conmemoraba el centenario de la muerte de Simón Bolívar con un espectáculo aéreo. Gabo recuerda un avioncito negro que volaba en círculos sobre la urbe. “Era negro como un gallinazo enorme”,

recuerda el escritor. Esta fue la primera vez que escuchó el nombre de quien sería, 60 años después, el protagonista de *El general en su laberinto*.

De 1937 a 1939 la familia García Márquez vivió dos años en el Barrio Abajo de Barranquilla en condiciones difíciles y Gabito tuvo que ingeniárselas para aportar algunos recursos a la economía doméstica. Como era magnífico dibujante, pintaba avisos sobre cartones para las tiendas del vecindario. Su mayor ingreso fue de 25 pesos (una suma significativa en aquella época) por pintar la ruta de un bus urbano de su barrio.

En la Escuela Cartagena de Indias con el profesor Juan Ventura Cassalins, cursó tercero y cuarto de primaria (que en ese tiempo era solo de cuatro años). Su rendimiento académico fue excelente y mereció las máximas calificaciones y condecoraciones. Su verdadera vocación era el dibujo y su pasión era la lectura.

En 1939 su familia se mudó a Sucre, pero en febrero de 1940 Gabo comenzó la escuela secundaria en el Colegio San José en el centro de la ciudad a un costado de la iglesia del mismo nombre. Aquí conoció a condiscípulos que serían luego grandes amigos como al futuro periodista y director del diario *El Herald* Juan B. Fernández Renowitzky quien recordaba a su compañero como una figura escuálida que tenía aversión a los deportes y solía vestir pantalones verdes y guayaberas escandalosas que contrastaba con su carácter tímido e introvertido.

Como Florentino Ariza en *El amor en los tiempos del cólera*, tuvo “la extraña suerte de parecer viejo desde muy niño”. De un momento a otro, sin embargo, empezó a cambiar, dejó que aflorara su verdadero temperamento de mamagallista. Pero en 1941 tuvo que interrumpir temporalmente el segundo de bachillerato por problemas de salud. Regresó con sus padres y hermanos a Sucre para recuperarse y cuando se sintió bien volvió a su colegio en Barranquilla.

En el Colegio San José –1940-1942– escribió sus primeros versos y crónicas que publicaba en la revista *Juventud* del colegio, una revista modesta impulsada por los sacerdotes jesuitas para incentivar la creatividad de sus alumnos. Algunos de sus versos estaban dedicados a sus compañeros de curso en tono jocoso. Ejemplos:

*Mi amigo José Consuegra/ se queja de su apellido/ porque dice que la suegra/
lo tiene ya carcomido.*

Santolomazza boxea/ y cualquiera pelea gana/ pero si es seria la pelea/ se esconde como una rana.

Chona Emiro es un encanto/ no tiene tiempo perdido/ el pobrecito es un santo.../ cuando se encuentra dormido.

Las grandes dificultades económicas de sus progenitores en Sucre, con siete hijos que mantener, forzaron a Gabo a retirarse del colegio San José. Así que enero de 1943 se encontró con dos alternativas: quedarse en casa como una carga más o intentar buscar la manera de continuar sus estudios de bachillerato por su cuenta. Entonces viajó a Bogotá con algunas cartas de recomendación a presentarse en el concurso nacional de becas del Ministerio de Educación. Llegando a Bogotá, según cuenta, encontró a una ciudad sombría, barrida por los vientos helados de los Andes, lloró de desolación. Su buena estrella, sin embargo, le ayudó a conseguir una beca para el Liceo Nacional de Varones en Zipaquirá, ciudad vecina de Bogotá, famosa por sus minas y catedral de sal, donde terminó su bachillerato en 1946.

El 25 de febrero de 1947 ingresó a la Universidad Nacional de Bogotá a estudiar Derecho. Aquí se mantuvo durante 14 meses dedicado más a leer poesía y narrativa (entre sus libros favoritos recuerda *La Metamorfosis* de Franz Kafka) y a tertuliar en los cafés con sus amigos, que a estudiar códigos, leyes y decretos, hasta aquel fatídico 9 de abril de 1948 cuando decide volver a la alegría, el sol y el mar de su Caribe natal. No era para menos, ese día el asesinato del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán había ocasionado la mayor asonada de la historia colombiana, los incendios de los principales edificios estatales y templos católicos iluminaban el cielo de la capital, en tanto que los enfrentamientos entre la fuerza pública y los albrestandos gaitanistas dejaban un reguero de víctimas mortales sobre calles y plazas. Arriba al aeropuerto de Barranquilla en un DC-3 el 20 de abril de 1948 con la intención de proseguir el segundo año de Derecho, pero encuentra que también allí la universidad está cerrada por efectos del Bogotazo.

Entonces decide irse a la histórica ciudad de Cartagena donde logra matricularse para continuar sus estudios de Derecho en la Universidad de Cartagena. No obstante, estaba más interesado en el periodismo al cual consigue acceder gracias a la mediación del escritor Manuel Zapata Olivella, su colega y amigo, quien lo presentó a Clemente Manuel Zabala, jefe

de redacción del diario *El Universal*, fundado solo hacía dos meses. En este diario inicia su carrera de periodista el 20 de mayo de 1948.

No se sabe exactamente cuándo tuvo lugar el primer contacto de Gabo con los que serían sus grandes amigos de Barranquilla, pero parece ser que fue a mediados de 1948 cuando tuvo las primeras noticias, a través de la prensa y por boca de Zabala, de que en Barranquilla se cocinaba un movimiento intelectual con notables periodistas, escritores y artistas visuales. Uno de ellos, Germán Vargas Cantillo, comentaría tiempo después que él y Álvaro Cepeda Samudio lo habían conocido cuando llegó de improviso preguntando por ellos a la redacción de *El Nacional*, un periódico barranquillero de aquella época, cuando habían conversado y por la noche se habían ido de parranda.

Pero el inicio documentado del encuentro con esos talentosos jóvenes tuvo lugar un día de septiembre de 1948 cuando se reunieron por primera vez Gabo y el poeta e investigador literario Gustavo Ibarra Merlano con Alfonso Fuenmayor, Germán Vargas y Alejandro Obregón. Fuenmayor, hijo del destacado narrador José Félix Fuenmayor, se desempeñaba entonces como subdirector del diario *El Herald*.

Aprovechando su posición en *El Herald*, Fuenmayor recomendó a Gabo para que trabajara en ese diario. De modo que el joven periodista se trasladó a Barranquilla en diciembre de 1949 y el 5 de enero de 1950 empezó a trabajar para el diario barranquillero estrenando su columna diaria *La Jirafa*, firmada con el seudónimo de Septimus, personaje en la novela *Mrs. Dalloway* de Virginia Woolf. En esa época Barranquilla era una ciudad con un amplio movimiento comercial, social y cultural.

Los protagonistas del movimiento periodístico y literario, a quienes Gabo denominaría “los mamadores de gallo de La Cueva” en su cuento *Los Funerales de la Mama Grande*, eran Álvaro Cepeda Samudio, Germán Vargas, Alfonso Fuenmayor y el pintor Alejandro Obregón, quienes estaban también ligados a los veteranos escritores José Félix Fuenmayor y Ramón Vinyes, el sabio catalán de *Cien años de soledad*. Es muy probable que García Márquez haya conocido los cuentos y obras de teatro de Vinyes, su personaje macondiano quien garrapateaba sus escritos con tinta violeta, aunque para las fechas que las escribió, el escritor colombiano cursaba el bachillerato, primero en Barranquilla (1940-1942) y luego en Zipaquirá (1943-1946). Gabo y Cepeda Samudio, autor de dos libros de cuentos y

la novela *La casa grande*, llegarían a ser amigos íntimos y cómplices de aventuras vitales y literarias.

Teniendo en cuenta que García Márquez llegó a vivir a Barranquilla en diciembre de 1949, cuando se vinculó al diario *El Herald*, sólo alcanzó a conocer por poco tiempo a Vignes quien regresó a Barcelona el 15 de abril de ese mismo año dispuesto a revivir sus marchitos laureles teatrales, muriendo dos años después, en 1952. De lo que sí estamos seguros es del estímulo que recibió del sabio catalán cuando su novela *La hojarasca* fue rechazada por el editor español Guillermo de Torre de la editorial Losada de Buenos Aires, Argentina, con una carta despiadada en la que le sugería olvidarse de la literatura. Entonces Vignes no sólo lo consoló, sino que la revisó párrafo por párrafo, capítulo a capítulo, alabando sus aciertos y corrigiendo sus debilidades. Se ha dicho que García Márquez escribió *La Hojarasca* en Barranquilla, pero la verdad es que el primer borrador lo escribió en Cartagena y luego reescribió la versión final en Barranquilla en los primeros meses de 1950.

Durante el tiempo que vivió en Barranquilla se hospedó en un inquilinato que albergaba un burdel apodado *El Rascacielo* cercano a la redacción de *El Herald*. Con sus amigos solía reunirse a tertuliar en la *Librería Mundo*, el *Café Colombia*, el *Bar Japi* y el *Café Roma* en el Paseo Bolívar. En los cuatro escasos años que residió en Barranquilla trabajó como editorialista esporádico y columnista permanente con una producción de 400 *Jirafas*. A sus 23 años Gabo se perfilaba ya como uno de los grandes periodistas y narradores del país. Vestía pantalones de dacrón y camisas de colores chillones que compraba en las colmenas del mercado público a precios irrisorios hasta el punto que los taxistas lo apodaron *Trapo Loco*.

Uno de los proyectos del llamado *Grupo de Barranquilla* fue la revista *Crónica* que dirigía Alfonso Fuenmayor con Gabo como jefe de redacción. En su consejo de redacción estaban, entre otros, José Félix Fuenmayor, Ramón Vinyes, Germán Vargas, Álvaro Cepeda Samudio, la poeta Meira Del Mar, y los pintores Alejandro Obregón, Alfonso Melo y Orlando Rivera, más conocido como *Figurita*. *Crónica* era una revista semanal de deportes y literatura pero tuvo que cerrar a los catorce meses plagado de problemas económicos y la ausencia de colaboradores exclusivos (29 de abril de 1950 a enero de 1951).

Durante este tiempo escribió o corrigió algunos cuentos del que sería su libro *Ojos de perro azul* que aparecieron primero en *El Espectador* y luego en *Crónica*, tales como *La mujer que llegaba a las seis*, *La noche de los alcaravanes* y *Alguien desordena estas rosas*.

Gabo confesaría tiempo después que los años más fructíferos y deslumbrantes de su vida habían sido los cuatro (con algunas ausencias) que había pasado con sus amigos en Barranquilla. Además porque fue en Barranquilla donde se enamoró y cortejó a su futura esposa Mercedes Barcha, nacida en Magangué, de ascendencia árabe.

En Barranquilla también escribía el borrador de una novela titulada *La Casa* que nunca terminó pero de la que se desprenderían muchas de sus columnas, así como fragmentos de sus futuras obras. En su autobiografía *Vivir para contarla* Gabo recuerda que fue el 18 de febrero de 1950, cuando volvió a Aracataca en compañía de su mamá Luisa Santiaga Márquez Iguarán para vender la casa, un regreso importante puesto que le devolvió sus recuerdos de infancia y su decisión de cambiar el camino que llevaba en el manuscrito de *La Casa*.

Después de algunos intervalos en los que estuvo recorriendo la tierra de sus antepasados en La Guajira, Magdalena y Cesar, y su aventura como vendedor de enciclopedias y libros (algunos meses entre 1951 y 1952), regresó a *El Herald* y reanudó su columna el 8 de febrero de 1952. Superada la etapa de *El Herald*, García Márquez se marcharía a Bogotá a finales de enero de 1954, con el propósito de vincularse al diario *El Espectador*.

Ciénaga es una ciudad significativa en la vida y obra de Gabo por muchas razones. El escritor la recuerda desde su infancia cuando su abuelo *Papalelo* lo llevaba de su mano a tomar la goleta que salía con destino a Barranquilla. Era una ciudad importante en la ruta del ferrocarril entre Santa Marta y Fundación. Aquí también en su estación ferroviaria el 6 de diciembre de 1928 tuvo lugar la masacre de obreros bananeros a raíz de una huelga general que habían declarado por las injustas remuneraciones y relaciones laborales de la *United Fruit Company*. Si bien nunca se supo con exactitud el número de muertos no fueron tan pocos como nueve, según el gobierno, ni tantos como tres mil, según Gabo en *Cien años de soledad*.

En esta ciudad también había pasado su niñez su amigo del alma Álvaro Cepeda Samudio, nacido en Barranquilla el 30 de marzo de 1926, y quien contribuyó a recordar la masacre de las bananeras con su novela *La Casa Grande*. En la antigua capital bananera Gabo se estrenó como vendedor de libros a plazos, aprovechando la coincidencia de que su hermano Luis Enrique vivía en esta ciudad donde habían vivido sus abuelos antes de radicarse en Aracataca y había trabajado como contador Ramón Vinyes cuando llegó a Colombia procedente de Barcelona.

La zona bananera ha sido uno de los temas que ha trabajado García Márquez en su narrativa. Él recuerda que a su paso por esta región en el tren amarillo veía el aviso de una finca llamada *Macondo* que le impresionó y que más tarde adoptó para el nombre de su pueblo imaginario. Macondo era una de las fincas más extensas de la *United Fruit Company* en las márgenes del río Sevilla, en jurisdicción de Guacamayal, un corregimiento de Ciénaga, fundada por los obreros del ferrocarril y la explotación bananera a principios del siglo XX. Macondo es también el nombre de un árbol gigantesco y frondoso de la región casi extinguido a causa de su utilización para hacer cayucos y canoas, así como un juego de azar muy común en las ferias y fiestas patronales de la zona bananera.

Gabo en La Habana

Vivir para contarla, la autobiografía novelada de Gabriel García Márquez (2002), reconstruye los años iniciales de su formación como escritor, y comienza con una frase que es clave para el desarrollo del relato: “Mi madre me pidió que la acompañara a vender la casa”.

Se trata de la vieja casona que tenían en su pueblo natal de Aracataca luego que la familia se mudara a Sucre, municipio del departamento de Bolívar en aquella época. A partir de este recuerdo, Gabo nos conduce de la mano a través del periplo de su vida, sus aventuras, desventuras, sus amores, inquietudes e influencias.

Sus primeros recuerdos pasan ante sus ojos a través de la ventana del tren que toman en Ciénaga después de pasar la noche en una lancha que había partido de Barranquilla. La historia, llena de reflexiones y anécdotas, está contada en 580 páginas, y termina cuando el joven periodista de 30 años pasa en un taxi camino al aeropuerto y en la puerta de la casa observa a Mercedes Barcha, su futura esposa, pero es ése un momento de incertidumbre cuyo desenlace sólo se nos revelará en el próximo volumen. En éste nos deja con el interrogante, aunque ya conocido, de las novelas por entrega puesto que cuando regresa a su hotel en Ginebra, encuentra la respuesta a sus inquietudes amorosas.

Por ser ambos del mismo pueblo y compartido experiencias y recuerdos en numerosas ocasiones, he tenido el privilegio de haber escuchado de sus labios algunas de las anécdotas que cuenta en su libro. De hecho, en la página 26 comenta que “cuando *Papalelo* (su abuelo) me llevaba al flamante cine Olympia de don Antonio Daconte yo notaba que las estaciones de las películas de vaqueros se parecían a las de nuestro tren”. La cita me

emocionó pues se trataba de mi abuelo materno, un inmigrante italiano llegado de Scalea (Calabria) a este pueblo remoto y caluroso sobre las estribaciones de la Sierra Nevada de Santa Marta donde fundó el primer cine que tuvo la comarca, así como una tienda y ferretería donde también se vendían desde machetes y azadones hasta todo tipo de víveres, bebidas y perfumería.

El día que conocí en persona a Gabito en La Habana, durante un encuentro de escritores y artistas en 1981, me contó el origen de su personaje Pietro Crespi en su famosa novela. “Fíjate, me dijo, cuando yo estaba escribiendo *Cien años de soledad* el primer nombre que se me ocurrió para el personaje italiano fue Antonio Daconte, pero después me puse a recapacitar porque el personaje se me fue volviendo marica, entonces lo cambié por Pietro Crespi que fue en verdad un italiano afinador de pianos que mi mamá conoció en Barranquilla, porque yo me puse a pensar ¡qué iría a decir tu tío Galileo cuando leyera el nombre de su papá en estas circunstancias!”.

Su memoria de elefante le permitió recordar con exactitud las características de mi familia; me habló de la tienda y el cine de mi abuelo Antonio en las *Cuatro Esquinas* (el centro comercial de Aracataca) y rememoró su amistad con mis tías y tíos con quienes jugaba en su niñez. Don Antonio, como era conocido y respetado en toda la región, era un empresario intuitivo y audaz que había logrado amasar una fortuna con sus negocios. En el patio de su casa había instalado una pantalla de lienzo e importado los dos proyectores que se necesitan para mostrar las películas que llegaban de Europa, Estados Unidos y México, distribuidas por sus paisanos los hermanos Di Doménico, pioneros italianos de la cinematografía en Colombia. Por la amistad que unía a Don Antonio con Nicolás Ricardo Márquez, abuelo de Gabo, y en vista de sus dificultades económicas –nunca recibió la pensión de coronel retirado, tal como lo narra Gabo en *El coronel no tiene quien le escriba*– mi abuelo había ordenado dejarlos entrar gratis a la sala de cine. Gabo me comentó que sentado allí junto a su abuelo en aquellas rústicas bancas del cine Olympia, había comenzado su afición por el cine que tiempo después desarrollaría como guionista y promotor de proyectos cinematográficos desde México y Cuba hasta Brasil y Colombia.

Le recordé que el nombre estaba, además, en su cuento *El rastro de tu sangre en la nieve* (leer fragmento) cuya protagonista se llama *Nena Daconte* y estalló en alegre carcajada “¡ahora me vas a demandar por 20 millones de pesos!”. Entonces, me confesó que cuando

asistía a la Escuela Montessori en Aracataca, estaba fascinado de una niña de risos rubios en su misma clase que resultó ser mi tía Elena, conocida como *Nena Daconte* y quien, ya de adulta, se casó con el hijo de un inmigrante italiano llamado Armando Delvecchio.

En una ocasión que lo visité en Cartagena cuando le conté que mi tío Galileo había muerto por esos días pude observar su pesadumbre: “era mi mejor amigo de infancia”. Años más tarde leí en *El amor en los tiempos del cólera* que uno de los personajes, un cochero en Cartagena, se llama Galileo Daconte como un homenaje póstumo a su buen amigo de infancia.

Sería arriesgado presumir que hoy por hoy se puede decir algo nuevo sobre la obra de este asombroso escritor colombiano quien no sólo cuenta en su bibliografía con numerosos libros de narrativa y crónica, sino que la compilación de sus escritos periodísticos *Textos costeños* se suma a los volúmenes *Entre cachacos* y *De América y Europa*, recopilados por el investigador francés Jacques Gilard. La lista de estudios críticos e interpretativos dedicados a este escritor es interminable, como son también las tesis de grado elaboradas por universitarios de Estados Unidos, Europa y América Latina que analizan los aspectos más insospechados de su producción literaria.

En cuanto a su obra se refiere, es innegable que la importancia de la obra de García Márquez radica de manera fundamental en su audaz combinación de elementos humanos que aluden a nuestra realidad latinoamericana en matices poéticos que, no obstante ser Colombia un país de solemnes pronunciamientos literarios, no escatiman el humor. En mi opinión, el legendario mamagallismo de Gabo se proyecta sin ambages en casi todo su recorrido narrativo. El mamagallismo es esa típica actitud costeña de desmitificar conceptos trascendentales o de resaltar los perfiles jocosos de circunstancias comunes.

Quién puede permanecer indiferente ante las ocurrencias de José Arcadio Buendía en *Cien años de soledad* cuando experimenta, por ejemplo, con los inventos que trae a Macondo el gitano Melquíades. Recordemos que después de utilizar algunos instrumentos de navegación y antiguos mapas portugueses reúne a su familia y “con augusta solemnidad, temblando de fiebre y devastado por la prolongada vigilia” les revela a la hora del almuerzo su pasmoso descubrimiento: “La tierra es redonda como una naranja”.

Una actitud sin duda heredada de su mamá Luisa Santiaga Márquez. Cuando le otorgaron el premio Nobel, Juan Gossain la buscó para interrogarla: “Y ahora que su hijo ha

recibido esta consagración, ¿usted qué pide?” Y ella respondió sin inmutarse: “¡Que me arreglen el teléfono!”. Le preguntaron a qué atribuía la genialidad literaria de su hijo, y ella sin pensarlo dos veces exclamó: “¡A la Emulsión de Scott!”. En tanto que contestó al corresponsal de un importante diario capitalino que le preguntó “¿Doña Luisa, de qué se siente usted más orgullosa en este momento?” y ella contestó: “De mi hija que es monja”.

Tanto la ficción como el periodismo de Gabo son populares (es el autor hispanoamericano que más libros vende en el mundo) en la medida que eluden el retoricismo florido y hueco de tantos narradores que en nada contribuyen al desarrollo de una literatura que estimula y entretiene. No hay una palabra gratuita en sus trabajos, sus descripciones son precisas y sus diálogos sencillos, con la ventaja de estar inmersos en una prosa lúcida que conduce de la mano al lector a través de una trama tensa sin recurrir a los artificios que suelen debilitar los esfuerzos de escritores menos avezados.

En esto es necesario reconocer el saludable influjo del estilo sintético y contundente de Ernest Hemingway que suplantó el esquema faulkneriano evidente en sus primeros escritos como *La Hojarasca*. Él mismo, en aquella conversación sostenida en La Habana, me confesó que estaba relejando algunas obras de William Faulkner con ocasión de un encargo del *New York Times* y había desistido después de un tiempo al comprobar que era verdad aquella observación que una vez le hizo a uno de sus tertulios del bar La Cueva de Barranquilla: “Maestro, ¿y si de pronto nos encontramos con que Faulkner es solo un retórico?”

Se podría pensar que esta es una exageración de Gabo (ya conocemos su inclinación por la hipérbole) ya que sin vacilaciones su trabajo le debe tanto a Faulkner como al filósofo italiano Gianbatista Vico, al vallenato clásico, a las historias de su abuelo el coronel Márquez; a la escritora Virginia Woolf, a Kafka o las teorías del surrealismo filtradas a través de la atmósfera onírica de Borges, todo eso sintetizado de manera magistral por el admirable genio creativo de Gabo.

Tampoco podemos olvidar la influencia que el ambiente social e histórico, como también el entorno geográfico, han ejercido sobre su obra. Cuando Gabo irrumpe en el paisaje literario de Colombia, el cuento se caracterizaba esencialmente por su alusión directa a la violencia rural sin mayores elaboraciones poéticas. García Márquez se propone desde el principio hacer una trasposición metafórica que, sin dejar de aludir a nuestra realidad, se convierte en una alegoría de profundas significaciones sociales. Tal es el caso de su novela *La*

mala hora, de sus cuentos *La noche de los alcaravanes*, *La siesta del martes* o *La viuda de Montiel* donde, a partir de una anécdota local, él escritor recrea la violencia, una circunstancia histórica que azota al país hasta nuestros días (consecuencia de protuberantes injusticias sociales y económicas), en mágicos efluvios narrativos que seducen desde la primera línea.

Señalemos así mismo que si bien el trabajo literario de Gabo evita la connotación política directa, buena parte de su obra periodística y su vida pública denotan una acendrada militancia a favor de los desprotegidos. En este sentido el premio Nobel fue no solo un galardón a su talento literario, sino también un reconocimiento a su cruzada por la paz y a su incansable lucha por la justicia social en estos países asolados por mezquinos intereses que sojuzgan la voluntad popular, aunque su inquebrantable amistad con el presidente cubano Fidel Castro es siempre cuestionada por el exilio más recalcitrante.

La obra literaria de Gabo ha ejercido en Colombia y América Latina, y aun en China (según testimonio del escritor chino Mo Yan, Premio Nobel 2012), un saludable estímulo para la literatura nacional que sin duda se consolidará aún más con el esperado segundo volumen de sus memorias que, según me manifestó un día en Cartagena, sería póstumo. Presenciamos un auge sin precedentes en la producción literaria y artística del país, y ya empezamos a distinguir las voces que tanto en poesía como en narrativa, ensayo o teatro, proponen rumbos innovadores, despojados ya –después de superar el hipnótico influjo garciamarqueano– de las cargas que le impedían despegar hacia el afianzamiento de propuestas originales enraizadas en nuestra cultura y en nuestra historia.

Quiero complementar este conversatorio con dos obras de Gabo que se constituyen en ejemplos paradigmáticos de su producción literaria. *El general en su laberinto* es la única novela histórica de su autoría, y *Noticia de un secuestro*, libro de periodismo narrativo que describe de manera magistral la violencia e incertidumbre del país durante el régimen de terror impuesto por el Cartel de Medellín en las décadas del 80 y 90.

EL BOLÍVAR DE GABO

Cuando una periodista le preguntó a Gabriel García Márquez si *El general en su laberinto* era un libro sin grietas, el escritor colombiano contestó: "La única debilidad que me reconozco es que es un libro vengativo..." ¿Contra quién quería vengarse Gabo? La novela se propone reivindicar la obra de Simón Bolívar e instrumentalizar una venganza contra aquellos que vilipendiaron, traicionaron y escarnecieron al Libertador en su fugaz vida de heroica

lucha contra el colonialismo español en seis repúblicas hoy independientes de América Latina.

De manera genial, como es costumbre en las conocidas novelas de García Márquez, *El general en su laberinto* (Editorial La Oveja Negra, 1989) teje un dramático tapiz sobre los últimos días de Bolívar que se inician el 8 de mayo de 1830, la víspera de su viaje sin regreso desde Bogotá con un destino incierto, y termina con su muerte en el ingenio de San Pedro Alejandrino en Santa Marta el 17 de diciembre. En este breve lapso de poco más de siete meses, convivimos con el Bolívar más humanizado que haya concebido escritor alguno, incluyendo a sus más destacados biógrafos.

El propósito de Gabo era desmitificar la imagen solemne, estatuaría, de charreteras rimbombantes que evocan los textos escolares. En su lugar, el Bolívar de García Márquez es la tragedia de un hombre que después de salir airoso en tantas batallas de amor y de guerra, arrastra el peso de la desilusión, los inconvenientes de la tuberculosis, la frustración de ver el sueño de una patria grande convertido en un castillo de naipes. Es un guerrero cansado de los rigores de la vida en campaña con ganas de irse lejos, adonde no le alcancen la ingratitud y la hipocresía.

El núcleo de la novela es el viaje que emprende Bolívar desde Bogotá hasta la costa del Caribe colombiano a través del Río Magdalena. García Márquez siempre había querido escribir un libro sobre el río más importante de Colombia, y por él había transitado once veces en su juventud. En su novela, la navegación en aquellos rústicos champanes era una aventura de caimanes asoleándose en playones desiertos, poblaciones rivereñas que ofrecen sus viandas más preciadas, náufragos de tierras remotas, bogas que cantan a la luz de la luna, pero también nubes de mosquitos, leyendas improbables, y muchas ocasiones para recordar. Es aquí donde el escritor se toma la libertad de hacer retrocesos en el tiempo para revivir aquellos episodios que constituyen el andamiaje biográfico de la novela.

Si bien la vida amorosa de Bolívar es de todos conocida, Gabo agrega algunos romances de ficción. La única mujer verdadera en la novela es Manuela Sáenz, y de ella se tiene la impresión de ser una mujer hermosa de carácter decidido que fumaba cigarros de carretero. Es Manuela la mujer más influyente en la vida del Libertador, y a ella está ligado por numerosos lazos de amor y de complicidad. Bolívar, después de enviudar a los 20 años de

edad, nunca quiso volver a casarse y se entregó por entero a la lucha revolucionaria con amoríos furtivos o fortuitos a través de su vida.

Una cosa queda clara en la novela: Bolívar más que liberar a los países quería la unidad continental. En un momento de ira explica a su médico que sus soldados "sólo querían conquistar la independencia, que era algo inmediato y concreto, ¡y vaya si lo han hecho bien!" Pero él en cambio se había "perdido en un sueño que no existe". Es un Bolívar con el cual nos identificamos por su disposición generosa y su precaria salud. Así nos enteramos que sufría de un estreñimiento que paliaba con purgantes y alguna lavativa de sen, y un asceta en el comer y beber. A la hora de su muerte solo un puñado de sus más fieles servidores estuvieron alrededor de su cama, y entre ellos José Palacios, su más antiguo servidor y personaje central, quien terminó sus días en la miseria sin poder recuperarse jamás de la ausencia de Bolívar, como no se han recuperado los países que liberó del separatismo egoísta que un día anuló para siempre el sueño de aquel guerrero y estadista visionario.

NOTICIA DE UN SECUESTRO: **EJEMPLO CLÁSICO DE PERIODISMO NARRATIVO**

Si bien *Noticia de un secuestro* de Gabriel García Márquez se publicó en 1996, cobra una vigencia inusitada en el momento actual cuando el país pasa por una de sus recurrentes crisis con un número indeterminado de asesinatos, robos armados, batallas campales, corrupción en todos los estamentos de la administración pública y un proceso de paz en Cuba que, no obstante su prolongación en el tiempo, promete poner fin a 50 años de lucha fratricida. El libro narra las peripecias de un grupo de colombianos secuestrados entre 1990 y 1991 por orden de Pablo Escobar, capo supremo del Cartel de Medellín, para presionar al gobierno a legislar contra la extradición de narcotraficantes a Estados Unidos. Se trata de un reportaje de 336 páginas basado en entrevistas sobre la experiencia de los protagonistas de este drama humano. García Márquez siempre ha considerado el reportaje como la disciplina estrella del periodismo, y con este volumen intentaba recuperar una vocación de periodista que nunca abandonó desde su más temprana juventud cuando se inició en el diario *El Universal* de Cartagena de Indias en 1948 a sus 21 años de edad.

Noticia de un secuestro se lee como una novela de suspenso. En este sentido Gabo es fiel a los postulados de un periodismo innovador que se remonta a sus propios reportajes,

crónicas y artículos cuando trabajaba en el periódico *El Espectador* de Bogotá (1954-1955) recogidos en los libros *Relato de un naufrago* sobre las vicisitudes de un marinero que cayó en el mar; la antología *Crónicas y Reportajes*, y *Cuando era feliz e indocumentado*, testimonio de su paso por Venezuela en 1958. Por supuesto, sus columnas, críticas de cine y notas editoriales compiladas en varios volúmenes son elocuentes de su vigorosa actividad periodística a través de su vida.

Un periodismo enfocado siempre hacia la denuncia de las injusticias sociales, a favor de las luchas populares y un socialismo humanitario que busca equilibrar las desigualdades existentes en el capitalismo salvaje que impera en el mundo. Recordemos su libro *La aventura de Miguel Littín clandestino en Chile*, reportaje en primera persona que recrea de manera magistral el peligroso proyecto del director chileno de ingresar a su país a principios de 1985 para hacer una película sobre la dictadura de Pinochet y las organizaciones democráticas que luchaban en la clandestinidad.

En Estados Unidos fue Truman Capote uno de los primeros en proponer este género periodístico que se nutre de la literatura, y que el autor bautizó como *novela de no-ficción* o *periodismo narrativo* por cuanto se trata de una historia narrada en forma de novela, pero basada en hechos reales de reciente factura que se pueden comprobar fácilmente en la prensa. "Un libro –según el mismo Capote– con la credibilidad de los hechos, la inmediatez del cine, la hondura de la prosa y la precisión de la poesía". Cualidades que sin duda reúne *Noticia de un secuestro*.

Según el propio García Márquez, en octubre de 1993 Maruja Pachón y Alberto Villamizar, le propusieron que escribiera un libro con las experiencias de ella durante su secuestro de seis meses, y las peregrinas diligencias en que él se empeñó para lograr su liberación. Sin embargo, en el transcurso de la investigación, cayeron en cuenta que "era imposible desvincular aquel secuestro de los otros nueve que ocurrieron al mismo tiempo en el país. En realidad, no eran diez secuestros distintos –comenta el autor en sus *Gratitudes* a manera de prólogo– sino un solo secuestro colectivo de diez personas muy bien escogidas, y ejecutado por una misma empresa con una misma y única finalidad".

La empresa clandestina se constituyó con el nombre de *Los Extraditables*, capos del narcotráfico en Medellín cuyo jefe indiscutido era Pablo Escobar, y su finalidad era evitar a cualquier precio su extradición. De hecho, su consigna era: "Preferimos una tumba en

Colombia a una cárcel en Estados Unidos". Para ellos estaban vivas las imágenes en televisión del capo Carlos Ledher esposado, con gruesos grillos de hierro en sus tobillos arrastrando pesadas cadenas y bolas metálicas, condenado a cadena perpetua en una cárcel estadounidense de máxima seguridad. Una de las secuestradas había sido Marina Montoya, hermana de Germán Montoya, quien se había desempeñado como secretario general en la presidencia de Virgilio Barco Vargas, y cuyo hijo Álvaro Diego, había sido secuestrado para presionar una negociación con el gobierno que nunca se cumplió. El secuestro de Marina fue interpretado como una venganza de los narcotraficantes pues ella ya carecía de valor para negociar, Barco había terminado su administración, y Montoya era embajador de Colombia en Canadá. De modo que era de esperarse su ejecución en cualquier momento.

El mismo día que secuestraron a Marina Montoya, un comando tomó de rehén en un barrio periférico de Bogotá a Francisco Santos, jefe de redacción y miembro de la familia propietaria del diario *El Tiempo*. Como en casi todos los casos, el modus operandi fue el mismo. Dos automóviles, usualmente robados en días anteriores, inmovilizaban el vehículo de la víctima a la cual vendaban los ojos y escondían en el interior de uno de sus carros. Asesinaban al chofer con armas automáticas dotadas de silenciador y emprendían la huída a algún lugar de la ciudad en donde los recluían en un dormitorio escuálido, de muebles raídos, un radio y un televisor. Las ventanas tapiadas con gruesas tablas y un bombillo solitario solían dar un aspecto lúgubre que contribuía a incrementar la depresión y ansiedad de los secuestrados. La comida era pésima, hecha solo para evitar que murieran de inanición, y la vigilancia extrema. Tales eran las medidas de seguridad que, en algunos casos, un equipo de dos vigilantes llegaba incluso a permanecer en el mismo cuarto día y noche sin perderles de vista ni un minuto.

El grupo secuestrado más numeroso fue el de Diana Turbay, directora del noticiero de televisión *Criptón* y de la revista política *Hoy x Hoy* de Bogotá, e hija del ex presidente y jefe máximo del partido liberal Julio César Turbay Ayala. Ella fue la primera secuestrada el 30 de agosto de 1990, solo tres semanas después de posesionarse César Gaviria Trujillo como presidente de la república. Para tal fin se les tendió un ingenioso ardid. Dos jóvenes y una muchacha se habían hecho pasar por emisarios del Ejército de Liberación Nacional (ELN), grupo guerrillero que opera de manera fundamental en la zona andina del país, para concertar una entrevista con el comandante en jefe, el cura Manuel Pérez. Diana Turbay ya tenía

antecedentes de arriesgarse a tales empresas, impulsada por su vocación de periodista y por su interés en fomentar la paz. Junto a ella viajaron la editora Azucena Liévano, el redactor Juan Vitta, los camarógrafos Richard Becerra y Orlando Acevedo, así como el periodista alemán Hero Buss, todos ellos cayeron en la trampa y fueron a parar a diversas casas de seguridad, después de fatigosas jornadas por senderos montañosos hasta una finca próxima a la ciudad de Medellín.

Fiel al dictum que emitiera en su momento Truman Capote, García Márquez es supremamente cuidadoso en sus reportajes. La credibilidad de los hechos está más allá de cualquier duda. Antes de entregarlos a Norma, la editorial colombiana que ha publicado sus libros, el autor solicitó a cada uno de los entrevistados que revisara el manuscrito para evitar errores de interpretación o para corregir sus declaraciones. La sucesión de imágenes se desarrolla con el ritmo e inmediatez de una película escalofriante. De hecho, su estrecha relación con la mecánica cinematográfica a través de su experiencia como guionista y tallerista de guiones en la Fundación para el Nuevo Cine Latinoamericano que él ayudó a fundar en San Antonio de los Baños (Cuba), se hace palpable aquí. La impresión es que una cámara de cine sigue los pasos de los protagonistas, no solo su postración psicológica –que es muy intensa–, sino también su deteriorado aspecto físico, las condiciones de su cautiverio y la estrecha convivencia con sus captores y victimarios. De igual modo, su prosa siempre se ha caracterizado por su precisión conceptual y creatividad semántica, así como un contenido poético que suele encontrar el adjetivo inesperado, la sutileza en el análisis político, y la solidaridad en el tono de compasión por las desdichas de los secuestrados. A guisa de ejemplo, observemos el primer párrafo del libro que de inmediato capta la atención del lector:

"Antes de entrar en el automóvil miró por encima del hombro para estar segura de que nadie la acechaba. Eran las siete y cinco de la noche en Bogotá. Había oscurecido una hora antes, el Parque Nacional estaba mal iluminado y los árboles sin hojas tenían un perfil fantasmal contra el cielo turbio y triste, pero no había a la vista nada que temer. Maruja se sentó detrás del chofer, a pesar de su rango, porque siempre le pareció el puesto más cómodo. Beatriz subió por la otra puerta y se sentó a su derecha. Tenían casi una hora de retraso en la rutina diaria, y ambas se veían cansadas después de una tarde soporífera con tres reuniones ejecutivas. Sobre todo Maruja, que la noche anterior había tenido fiesta en su casa y no pudo dormir más de tres horas. Estiró las piernas entumecidas, cerró los ojos con la cabeza apoyada

en el espaldar, y dio la orden de rutina:

–A la casa, por favor."

Por supuesto, Maruja Pachón de Villamizar nunca llegaría a su casa esa noche. En el camino su carro fue interceptado y, junto con su cuñada Beatriz a quien liberaron unas semanas antes que ella, permanecería en cautiverio durante 193 días. Si en el caso de Marina Montoya había sido una venganza por incumplimiento de una promesa, en el de Diana Turbay, Francisco Santos y Maruja Pachón había sido su profesión de periodistas y su filiación familiar. Maruja era hermana de Gloria Pachón, viuda de Luis Carlos Galán, enérgico enemigo del narcotráfico y defensor de la extradición de colombianos, también periodista y fundador del Nuevo Liberalismo en 1979, una fuerza política arrolladora que intentó modernizar las herrumbrosas estructuras del partido liberal. *Los Extraditables* fraguaron su asesinato y en agosto de 1989 sucumbió a un atentado cerca de Bogotá cuando era candidato a la presidencia y seguro ganador de las siguientes elecciones que, en su ausencia, eligieron entonces a César Gaviria, su jefe de campaña.

A Marina Montoya la ejecutaron sin contemplaciones después de llevarla a un sitio desolado de la sabana de Bogotá, y aún sin saber de quién se trataba, fue enterrada en una fosa común del Cementerio del Sur. La muerte de Diana Turbay ha permanecido en el más ignominioso misterio. A pesar de todos los ruegos y esfuerzos de su familia por impedirlos, en especial de su madre doña Nydia Quintero de Balcázar, un operativo de las fuerzas militares había intentado su rescate y, en confusos hechos, un proyectil único causó su muerte cuando herida era transportada en helicóptero a Medellín. Su muerte sobrecogió de espanto a un país ya acostumbrado a las noticias más trágicas, y sin duda contribuyó, en medio de aquel tiempo de espantoso narcoterrorismo, a que al final, la Asamblea Constituyente legislara en la nueva constitución de 1991 contra la extradición de nacionales.

Uno de los personajes más interesantes del reportaje es Alberto Villamizar, quien se desempeñaría como Zar Antisecuestro, por su incansable labor en busca de una solución a los conflictos generados por la acción de *Los Extraditables*. Su empeño fructificó finalmente con la liberación de los secuestrados y en la entrega de Pablo Escobar con la intervención del padre García Herreros, un sacerdote reconocido por sus campañas humanitarias, y quien impulsó la construcción del *Minuto de Dios*, un inmenso barrio de casas modestas para los más necesitados de Colombia.

García Márquez reconoce en el prólogo que "el trabajo previsto para un año se prolongó por casi tres, siempre con la colaboración cuidadosa y oportuna de Maruja y Alberto, cuyos relatos personales son el eje central y el hilo conductor de este libro". Así es en realidad, un libro que se propone además ser la reflexión de un escritor que dedicó su vida a la profesión de narrador y periodista, y quien recibió a través de su larga vida los más altos reconocimientos por su talento y generosidad. Nos entregó en su momento este apasionante volumen que se deja leer como la novela más absorbente y lúcida de su producción literaria.

**Eduardo Márceles Daconte es escritor e investigador cultural, nacido en Aracataca. Tiene una licenciatura en humanidades de New York University y una maestría en historia cultural de América Latina de la Universidad de California (Berkeley). Es autor del libro ¡Azúcar!: La biografía de Celia Cruz (NY, 2004), Los recursos de la imaginación: Artes visuales del Caribe colombiano y Los recursos de la imaginación: Artes visuales de la región andina de Colombia (Bogotá, 2011)*

*** Conferencia dictada el 12 de mayo de 2014 en el Instituto Cervantes de Estambul, con motivo del acto de homenaje a Gabriel García Márquez, organizado por el Instituto Cervantes de Estambul y la Embajada de Colombia en Turquía, con el apoyo de BBVA-Garanti*